

los viajeros tuvo, desde antes de su materialización, la imagen de América, y cómo, desde entonces, fué para la fatigada Europa la tierra que podía convertir en realidad sus mejores sueños utópicos y aun los ensueños de la mitología y la fábula. Así la mostraron a la curiosidad universal las primeras descripciones de Colón, para quien América era sobre todo la tierra de la abundancia y del indio "buen salvaje". Y aunque con el paso de la historia aquella imagen haya tenido que ajustarse y rectificarse, América no ha perdido, por ello, el sentido que presidió su nacimiento, y sigue siendo "la última Tule", el límite de la esperanza.

En relación con este destino que anima la vida del Continente, Alfonso Reyes ha propuesto su doctrina acerca del significado y el carácter de la cultura americana y de las tareas más urgentes que ella nos exige.

En principio, la cultura de hispanoamérica —a cuya elucidación dedica Alfonso Reyes preferentemente sus meditaciones— tiene una importancia destacada, que suele olvidarse, por cuanto contribuye con valores originales y de rango universal a la concepción del mundo y a la integración del panorama mundial de la cultura. La nuestra es una cultura natural del espíritu y por ello el nombre que le conviene es el de "inteligencia americana", porque, más que una diferencia de contenidos o de esencias, implica una diferencia de "tempo", un "tempo" americano, patente en la prisa de la evolución cultural de América.

Por otra parte, este "tempo", y las circunstancias en que ha vivido el escritor hispanoamericano, han determinado varias de sus características. Él ha tenido que luchar aquí no sólo contra los propios obstáculos de su empresa intelectual sino también contra la intemperie y contra toda clase de vicisitudes materiales. Ello le ha dado un hábito de lucha y, antes que consentirle los mundos cerrados o las especializaciones, le ha impuesto un imperativo de acción y una pluralidad de ejercicios. Pues mientras que en Europa el escritor nace "como en el piso más alto de la torre Eiffel",

en la América hispánica se encuentra "en la región del fuego central".

Ante las disyuntivas que le proponen Europa y los Estados Unidos y americanistas e hispanistas, nuestros escritores afirman su repugnancia a las segregaciones étnicas, su afinidad con Europa y su universalidad humana. Y equilibran naturalmente esta costumbre de trato con Europa y este internacionalismo con poderoso arraigo en la tierra y en sus problemas inmediatos.

Finalmente, Alfonso Reyes sugiere a la inteligencia americana una tarea previa de método y la convoca a la fidelidad de su destino. Aquella tarea, esencial no sólo para que el resto del mundo nos conozca y nos comprenda con facilidad y claridad, sino también para que nosotros mismos ganemos una conciencia más cabal de nuestro sér, es la de purificar el conocimiento de América, la de jardinar la maleza de los conceptos americanos. El destino último de América no es otro que el signo mismo que presidió su aparición en la escena universal: América está llamada a realizar la utopía, el mundo mejor en que todos los hombres han soñado.

#### ESTILO Y ESPIRITU

La tónica del estilo de Alfonso Reyes no es la pasión ni el dramatismo, ni la exuberancia imaginativa ni la serena proporción, ni la aguda lucidez ni el cálido temblor del sentimiento; domina todos esos registros y va de uno a otro con perfecta maestría, se enriquece con todas las experiencias y sabe desnudar las ideas con aquel arte sutil del músico de la novela de Proust, cuya sonata parecía descubrir un "objeto de belleza" ya existente. Maneja una sabiduría total, no sólo de ciencias y artes varias sino de todas las humanas experiencias, aunque ellos se llamen los instintos de las urracas o las víboras, los cuentos y decires del pueblo, la conducta de los niños, el reino de los alimentos terrestres o las más extrañas

pasiones humanas. Y es cosa sorprendente verlo iluminar los más especiosos problemas de cultura con un cuento popular o un ejemplo en el que intervienen animales, tal como gustaba de encubrir su sabiduría el infante don Juan Manuel. Algunas veces, la riqueza de elementos, la multiplicidad de incitaciones y alusiones y el virtuosismo del giro mental nos recuerdan ese barroquismo, tan frecuente en nuestras expresiones estéticas. Pero Alfonso Reyes lo resuelve todo en una abundancia lúcida de cada una de sus galas y fiel a la clásica arquitectura que rige y mantiene su pensamiento. Sabe el arte de imponer una armonía justa entre sus elementos que son de todos los matices y de todas las latitudes; de todas las intensidades también porque sus vibraciones se perciben según la educación de la sensibilidad de sus lectores o según los ímpetus de descubrimiento que los impulsen. El ejercicio literario incluye virtudes y artes de varios otros menesteres; en él participan a la vez la cotidiana laboriosidad del artesano, las luces divinas del profeta o del adivino y la insondable e infusa sabiduría de las cocineras. Los escritores que todo lo confían a uno sólo de estos extremos paran en brumosos o pedestres y nos imponen el desasosiego de lo inarmónico. Alfonso Reyes, en cambio, ha aprendido, quién sabe con qué fórmulas y tras de qué disciplinas, que es preciso no deschar ninguno de estos recursos para realizar una obra diáfana, viviente y amable. Discurre con la fácil elegancia de un dios ordenando el universo, sazona con hechicera sabiduría, posee una gracia infusa que le acompaña en todas sus empresas, y pudiera preguntarse, como Sor Juana, si no se le han prestado los sabrosos condimentos de su tierra.

Cuando Alfonso Reyes toca con su pluma un tema diríase pues que le devolviera su yacente riqueza y nos lo entregara pulido y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movable y sosegada.

#### EL MEXICANO UNIVERSAL

La producción siempre generosa que desde su orígenes ha



Biblioteca Central  
Magna Solidaridad

mantenido Alfonso Reyes ha creado para la cultura mexicana una de las obras de mayor esplendor y uno de sus más claros orgullos, y ha determinado, al mismo tiempo, en sus lectores, una especie de hábito, que si impide apreciar en todo su realce el valor de cada uno de sus libros, aclara, a contraluz, el sitio que tiene Reyes en las letras mexicanas. Porque si para la mayoría de los escritores mexicanos conservamos una tabla de apreciaciones que nos permite ver en cada uno de sus nuevos libros una etapa más de la carrera de sus autores y el resultado de una nueva empresa y un nuevo esfuerzo, recibimos, en cambio, los libros de Alfonso Reyes con una actitud absolutamente diversa y como si él —lo cual no carece del todo de verdad— estuviese en un lugar y en una situación peculiares: un libro con su firma, dentro de su personal y excepcional economía intelectual, viene a equivaler al esfuerzo que otros gastan para concluir un poema, un cuento o un ensayo breve; y una fiesta de gracia y elegancia o las más sutiles y acabadas meditaciones —que salidas de otras plumas merecerían una tormenta de elogios y admiraciones— parecen en la magistral de Alfonso Reyes apenas su respiración normal, apenas —caso semejante al de Góngora— la llanura de la que aún pueden elevarse las cumbres.

Acaso necesitamos olvidar y destruir el hábito que nos hemos formado para ver de nuevo en todo su variado esplendor la obra extraordinaria de Alfonso Reyes, y acaso necesitemos la perspectiva del tiempo para rendir a sus libros la admiración que merecen y para juzgar con mayor verdad y propósito de las censuras que suelen dirigirse especialmente contra dos aspectos de su obra. Una de ellas, la que le exige que se consagre a las grandes empresas culturales que él tiene la capacidad de realizar, parece destruirse con la sola consideración del conjunto ingente de su obra total —cuya magnitud supera a la de cualquiera otra de autor mexicano— en la cual, además de la universalidad de los temas, de la originalidad y agudeza de la inteligencia y de la sensibilidad que los ilumina, existen todos los grados y especies de los frutos, armonioso y rico

jardín, y en él las obras menores no son por ello las menos magistrales y perdurables.

No asiste más justicia a otra de las censuras que recibe Alfonso Reyes. Pues olvidando que los estudios que ha dedicado a la cultura mexicana —desde aquel juvenil y ya brillante ensayo sobre el paisaje en nuestra poesía del siglo XIX, hasta su reciente tratado de las *Letras de la Nueva España*— bastarían con creces para formar el prestigio de uno de nuestros escritores; olvidando también que esas páginas suyas guardan síntesis, juicios y llamadas de atención, imprescindibles para la comprensión de nuestro acervo cultural, algunos críticos, celosos de la atención que él concede a otros territorios del espíritu, se han empeñado en crear la leyenda de un Alfonso Reyes extraño a su realidad cultural.

Pero, entonces, ¿por qué ha llegado él a ser una de las banderas más altas que representan a México en el Mundo? Cuando nos visita un Igor Stravinski, un Jules Romain, un Waldo Frank o un Julian Huxley, tienen en su agenda varios nombres de mexicanos con los que desean encontrarse, y entre ellos, he podido advertirlo, Alfonso Reyes figura siempre. Parece obvio que se busque en Diego Rivera el vigor original de nuestra plástica, o en Alfonso Caso el más lúcido camino para adentrarse en nuestro mundo indígena, o en otros creadores y especialistas el contacto con diversos órdenes de nuestras letras, artes y ciencias. Pero, ¿qué buscan en Alfonso Reyes el músico, el novelista y el hombre de ciencia? ¿por qué es él un punto de confluencia para el ruso, el francés, el norteamericano y el inglés, y por qué para el español y el hispanoamericano Alfonso Reyes está siempre como principio y punto de referencia de su imagen de la cultura mexicana?

Paréceme que una misma respuesta de razón de aquel reproche de nuestros celosos nacionalistas y de este reconocimiento universal. Mientras otros mexicanos representan lo irreductible de nuestra cultura, su oscura y violenta originalidad, la obra y la personalidad de Alfonso Reyes diríase que parten del punto justo en que

aquella individualidad comienza a ser inteligible para el resto del mundo. Muy pocos, entre los primeros, han logrado que sus expresiones autóctonas tengan un sentido y conserven sus virtudes más allá de sus propios campanarios, y el designio de muchos no excluye la posibilidad de contentarse con esta clausura en cuyo privado coro se ahoguen todas las voces que lleguen del exterior. Inconforme con tan imprudente e inútil defensa de una originalidad que sólo puede madurar en el cruce de todos los vientos, Alfonso Reyes ha preferido, a lo largo de sus largos años de gloriosa fecundidad, la doble tarea de conservar entre nosotros la circulación de las tradiciones fundamentales de la cultura y la atención a los testimonios del espíritu, al mismo tiempo que hacía traducibles para el mundo nuestras mejores esencias. Por ello le han creído extraño a nuestra realidad cultural, y por ello también él encarna el espíritu de México para hombres de todas las latitudes.

Y es ciertamente extraño y desmesurado entre nosotros, mas no porque la pasión de México carezca de un sitio destacado en su obra —como puede comprobarlo quienquiera que se dé el placer de navegar algunos de sus libros—, sino porque sus creaciones literarias y su formación intelectual no tienen la estatura que nos es común, no parecen las de un escritor perteneciente a un país cuya cultura se encuentra aún en vías de integración. Su poesía, su teatro y sus narraciones, diríase que hubieran surgido, póstumas y sutiles rosas, del esplendor otoñal de una civilización, de vuelta ya de todas las sabidurías y de todos los deslumbramientos. En sus ensayos, escritos en una de las prosas castellanas más hermosas de nuestro tiempo, Alfonso Reyes nos ha incitado a creer que ha llegado el momento de iniciar nuestra aventura por el mundo y se ha puesto a mostrarnos todos los caminos que nos esperan. Es fácil aprender su lección memorable y es estimulante enseñarnos a creer que México puede participar ya, sin temor a confundirse, en el gran diálogo del mundo.

En la cumbre de su madurez, puede confortarlo el bien espi-

ritual que ha forjado para su patria, y todos nos sentimos orgullosos de haber asistido a tan noble empresa.

*José Luis MARTÍNEZ*

México.

1951—1955

## APENDICES

- I—Un *encomio anónimo*, por Ricardo Arenales
- II—*Chronica literaria*, por Prudente Moraes Neto
- III—*Algunos datos biográficos de Alfonso Reyes*
- IV—*Datos bibliográficos*
- V—*Contribución a la bibliografía sobre Alfonso Reyes.*